

El libro tiene largos períodos magníficos, los iniciales, por ejemplo. En ellos se describe con mano realmente maestra el ambiente en que Bakunin nació y creció hasta entrar a la Academia Militar de Petersburgo. En aquella finca campestre que ha pasado ya a la historia, Premukino, Bakunin nació de una familia con los rasgos aristocráticos que en la vieja Rusia, sobre todo en el siglo XVIII, tenían quienes no siendo nobles por ascendencia, lograban, sin embargo, en una forma o en otra, hacer la carrera de funcionario civil o la de oficial militar. La situación especial que dentro de la familia guardaba Miguel, en el medio de ella, como subordinado de los varones y, como guía de las mujeres, que en edad le seguían casi todas. Cómo fué engendrándose el divorcio entre Miguel el rebelde y el padre por quien sintió en sus primeros años de juventud una admiración casi sin límites, divorcio que fué, en suma, concentrado en un pequeño ambiente familiar, el choque tremendo entre la filosofía del siglo XVIII y el nuevo idealismo del XIX.

Los rasgos de líder impetuoso, que subrayaba el cuerpo gigantesco de Bakunin y un gran descuido en su atavío, aparecieron desde muy temprano y tuvieron ocasión de revelarse, primero en los pequeños problemas de ajuste de caracteres familiares que Bakunin con su impetuosidad transformaba en problemas enormes e insolubles; también encontraron temprana ocasión de manifestarse en sus primeros contactos con la juventud estudiosa de Petersburgo que, como él, se iniciaba en la lectura de los nuevos filósofos alemanes; también

en el choque casi inevitable que tenía que producirse entre el sér ingobernable que era Bakunin y el ambiente y la disciplina militar de su Academia. La falta de preocupación que tuvo a lo largo de toda su vida por asuntos de dinero, indiferencia que fué siendo más y más compacta, a medida que su participación en las intrigas de la política radical de Europa, le fueron convirtiendo en un constante perseguido de las pequeñas tiranías de la época. También se manifestaron pronto su falta de disciplina, su inconstancia, su inhabilidad para tener un entendimiento permanente con colaboradores, su incapacidad para ser subordinado y, por consiguiente, la necesidad de ser un líder sin contrapeso alguno. También la trágica incompetencia en la táctica revolucionaria, que se diría ahora, y a la que deben atribuirse la serie enorme de instituciones, organismos y asociaciones que formó Bakunin y de los cuales el tiempo no ha dejado en realidad como huella permanente, sino los sectores anarquistas del Sur italiano y del Levante español.

El conflicto con Marx y la Internacional no ha sido objeto de un tratamiento peculiar de parte de Carr; el episodio encaja de un modo natural en la biografía, de manera que recordando las páginas anteriores del libro, encuentra uno casi fatal la imposibilidad de colaboración entre una y otra de estas dos grandes figuras históricas. No sólo había una oposición de temperamento y carácter personales entre uno y otro, sino diferencias muy sensibles de raza, que no hizo sino subrayar la fobia germánica que con el tiempo fué desarrollando Bakunin y que se tra-

ducía en generalizaciones infundadas y en actitudes violentas. Del libro se desprende que, a su pesar, Bakunin reconocía la superioridad del trabajador lento, congruente, sólido, que era Marx; así como también la firmeza muchísimo mayor de sus convicciones y de su cultura. Es ciertamente una impresión penosa la que deja la lectura de este libro como la de la correspondencia entre Marx y Engels, la de que figura con todas las ventajas de líder brillante e inquieto que era Bakunin, representante genuino aun cuando no

organizado de grandes sectores de la población trabajadores de Europa, en particular los eslavos, españoles e italianos, no hubieran podido ser aprovechadas en las luchas proletarias de la época. Un punto queda oscuro, aunque con el tiempo, una reflexión mayor y una investigación más cabal revelan si Marx y Bakunin —como después lo apuntó Lenin— presintieron que en la etapa final de la sociedad marxista la concepción anarquista de Bakunin se acercaba insospechadamente.—D. C. V.